

Florece las del Hermano Pedro Betancur

Judex.

No hace mucho tiempo que desde las columnas de esta revista nos preguntábamos: Pero, ¿es que hay santos en el Trópico? Y nos respondíamos a nosotros mismos: Pues, ¡claro que los hay! Como en todas partes. Lo que ocurre es que lo que hoy llamamos "el gran público" ni se entera, ni le importa nada de ellos, ni en el Trópico ni en la Zona Polar. Y como a los santos tampoco interesa la "propaganda", ni el autotombo y no tienen claques pagadas que aplaudan cuando conviene, ni secretarías que envíen comunicaciones a las agencias noticiosas, sino que procuran pasar desapercibidos y ocultar sus virtudes, resulta que son conocidos de pocos, de muy pocos. Y sólo lentamente y cuando suena la hora, su hora, en el reloj de la Providencia de Dios, es cuando el mundo se entera y se pasma.

Así ocurrió con Tekawita, así con la azuzena de Quito, así con San Martín de Porres, así con Pedro Betancur. Y a continuación publicábamos una pequeña biografía de una de esas vidas humildes y preteridas, la de Elena Arellano, distinguida dama nicaragüense que se consumió entera en hacer el bien a los pobres y suplir en el terreno de la enseñanza la orfandad intelectual en la que nuestros "cultos" anticlericales, con sus leyes persecutorias de la Iglesia, habían sumido a la juventud granadina. (1)

Hoy, como una modesta contribución a la historia del catolicismo centroamericano, honramos nuestras páginas presentando a nuestros lectores algunos episodios de la vida del Hermano



Cuadro del Hermano Pedro, pintado por un contemporáneo que se conserva en La Antigua.

(1) Véase "ECA", Set. 1962, pp. 300 a 308, "¿HAY SANTOS EN EL TROPICO?" - ELENA ARELLANO, GRANADA, 1836-1911", por Juan Fco. Alvarez de Arcaya, S. J.

Pedro de San José de Betancur que exalan todo el aroma de las auténticas "florecillas" de San Francisco de Asís, ya que se trata de un seguidor enamorado del "poverello", aroma que se conserva fragante en la homérica sencillez del relato del Padre Manuel Lobo de la Compañía de Jesús, que fue maestro del santo Hermano, a pesar del estilo que usa un tanto recargado, conforme al gusto de la época. (2)

Los rasgos fundamentales del biografiado aparecen, con todo, vigorosos y sinceramente expuestos: su humilde sencillez, su amor ardiente a los prójimos puestos en mayor necesidad bien por las enfermedades y otras dolencias físicas, bien por su abandono moral en aquella Antigua Guatemala, llena con la fe y las reclusas virtudes de los hombres de su tiempo, pero también aquejada de las lacras inevitables en los comienzos heroicos de la gestación de un nuevo continente cristiano. La vida de Betancur, vida de pobre de Cristo, le asemeja al Santo de Asís, no menos que sus rasgos de humor y su ilimitado celo, que no excluye de sus cuidados al "hermano mulo" o al "hermano perro". Su origen y llegada a Guatemala.

No está muy claro el motivo por el cual el joven Pedro Betancur arribó a Honduras y de allí se trasladó a Guatemala.

(2) La relación que publicamos ha sido entresacada del libro "Vida y virtudes del Venerable Hermano Pedro de San José de Betancur, por el R. P. Lector Jubilado en Sagrada Teología Fray Francisco Vázquez de Herrera, O.F.M." - Guatemala, Tipografía Nacional, 1962; 362 páginas. La portada del libro lleva un subtítulo que dice: "Ampliaciones a la Relación de la Vida y Virtudes del Venerable Hermano escrita por el R.P. Manuel Lobo, S. J.". Y a continuación se añade: "Transcritas y editadas por el R. P. Licenciado Fray Lázaro Lamadrid Jiménez, O.F.M.".

Por lo que dice en la "Introducción" el P. Lamadrid, se deduce que el original del Jesuita Lobo se imprimió en Guatemala en 1667, año que fue el mismo de la muerte de Betancur, con el título "Relación de la vida y virtudes del V. Hno. Pedro de San José", y constituyó el fondo principal sobre el que el P. Vázquez trabajó su nuevo escrito. Ambos son difícilísimos de hallar en la actualidad y tan sólo gracias a su perseverante esfuerzo, pudo finalmente el P. Lamadrid ver coronado con el éxito su noble empeño de preservar para la posteridad tan valiosos escritos, logrando sacar a la luz pública hace poco más de dos años su interesante edición de la obra del P. Vázquez.

Desde aquí felicitamos a nuestro buen amigo, el P. Lamadrid, por su magnífica labor y le agradecemos su generosidad en remitirnos la obra fruto de sus sudores.

Parece ser que, muerto su padre, y para evitar disgustar a su madre, que deseaba casarle con una doncella del lugar (Pedro Betancur nació en el lugar llamado Chasna y Vilaflor en la Isla de Tenerife, la principal de las Islas Canarias), resolvió pasar a Honduras por consejo de una tía suya a la que fue a pedir parecer. (3)

En La Habana aprendió el oficio de tejedor, y después de una corta estancia en dicha ciudad, continuó su navegación hasta la costa hondureña, a la que llegó algún tiempo antes del 18 de Febrero de 1651, ya que en este día hacia su entrada en la ciudad de Guatemala, después de un duro peregrinar a pie y enfermo, según él mismo declara en un cuadernito escrito de su mano.

La ciudad le acogió caritativamente y le atendió y curó en el Hospital Real, a pesar de que su llegada ocurrió en tiempos bien calamitosos para ella, por añadirse a una epidemia mortífera que asolaba la comarca, unos espantosos terremotos que coincidieron con la llegada del peregrino español.

Indudablemente que debió impresionar al joven Betancur la vista de los soberbios edificios que en aquel tiempo se habían ya levantado. Tales eran el edificio de la Universidad, el Concejo, el Palacio de los Capitanes Generales (hoy todavía en pie), la Catedral, las iglesias de San Francisco y de la Compañía de Jesús, los varios conventos tanto de religiosos como de religiosas que ocupaban parte relativamente grande de la ciudad, algunos de ellos convertidos en ruinas por aquellos días, como él declara: "En la ciudad de Guatemala, año de 1651, a 18 de Febrero a las 2 de la tarde, dieron tres temblores hasta las 3 de la tarde, que estremeció toda esta ciudad, donde estuvo temblando hasta las 2 de la noche, y después el día siguiente algunos más, que son por todos 46 temblores; derribó muchas cascas y parte de los templos ha derribado".

En el convento de San Francisco hizo confesión general con otro español isleño, Fr. Fernando Espino, el cual "le mandó que estudiase, y de allí a poco comenzó a estudiar y fue al Colegio de la Compañía de Jesús", estudios en los que a pesar de su empeño no adelantó gran cosa, como lo reconoce el P. Lobo que fue su profesor, aunque en cambio sí adelantó, y mucho, en la virtud. "Tenía cara de hábil el manco, el rostro aguileño, la frente espaciosa, nariz afilada, barba aguda, ojos modestamente alegres, pelo castaño y rubio en la barba que entonces ya le honraba, bien dispuesta".

Decidió, pues, abandonar sus proyectos de hacerse sacerdote y solicitar su ingreso en la Orden Franciscana, como Hermano Lego. Pero finalmente —y a lo que él dice, inspirado por luces de lo alto— prefirió el más humilde grado

(3) Sus padres se llamaron Amador González y Ana García.

de Hermano descubierto de la Orden Tercera, hábito que vistió el 14 de Enero de 1655, dedicándose a cuidar de la iglesia del Cristo, teatro de su constante oración y de sus inacabables austeridades.

Parece que fue durante este tiempo cuando resolvió con otros compañeros suyos dedicarse de un modo especial al servicio de los enfermos, sin descuidar al mismo tiempo la enseñanza de los niños, y construir un hospital nuevo bajo la advocación de Nuestra Señora de Belén, de donde con posterioridad todo aquel grupo vino a llamarse de los Betlemitas, muriendo en la Antigua el 25 de Abril de 1667, antes de que se hubiera obtenido la autorización para erigir dicho grupo en congregación regular. Fue establecida dicha Congregación posteriormente por uno de sus compañeros, Rodrigo de la Cruz, a quien Betancur había dejado como Hermano Mayor, lo mismo que la rama femenina que es la que, andando los años, ha perseverado y dado origen a muchas fundaciones en varios lugares de Centro América y aun fuera de ella. (4)

Florencia 1a.

Su caridad con las almas.

"Donde sabía que había algún enfermo acudía a visitarlo y consolarlo y, si era pobre, a socorrerlo con la limosna que podía. Y cuando veía u oía que entraba en las agonías de la muerte, iba a verlo y procuraba con palabras blandas y eficaces disponerlo para el último trance. Y si había sacerdote que lo hiciese, él se retiraba a lugar quieto y puesto de rodillas hacía devota oración, pidiendo a Dios la buena muerte y la salvación de aquella alma. Otras veces, convocando a los domésticos, rezaba con ellos el rosario aplicado a la misma intención. Cuando había entierro se encargaba del cadáver, y ayudado de otro de sus compañeros, lo ponía en la sepultura, y con las azadas que tenían prevenidas lo cubrían de tierra y no lo dejaban hasta igualar la sepultura con el suelo de la iglesia".

"Tenía hecho un concierto con el P. Maestro D. Bernardino de Obando, de que el Hermano Pedro anduviese, como quien trajinaba todos los días la ciudad, a caza y ojeo de los más divertidos y engolfados en su mala conciencia, así vecinos como forasteros, y el otro se estuviese siempre en su oratorio, así en el retiro de Santa Ana como en el que fundó en la ciudad, pronto y con entrañas de caridad expuesto a todas horas del día y de la noche para acariciarlos y confesarlos".

(4) El famoso Colegio de Belén, uno de los mejores que había en la Habana, lo estableció la Compañía de Jesús a sus comienzos en un antiguo edificio de los Betlemitas, de los que recibió su nombre.

Florencia 2a.
Caridad con los pobres.

"Para los treinta o treinta y un días de cada mes buscó otras tantas personas de las más principales de la ciudad, y recabó de ellas que el día que les cupiese, se hiciese en su casa la olla para sus convalecientes, y la acompañasen del pan necesario y con algún dulce. Medio que abrazaron todos con tanto gusto que los elegidos se tuvieron por dichosos, y los dejados se mostraron celosos y procuraban suplir con otros regalos el de la olla que no se les había encomendado. Con esta traza, tan meritoria para los que la ejecutaban como provechosa para los que la gozaban, tenían los convalecientes todo regalo y muchos otros pobres que se agregaban toda comodidad. Porque los que tenían a cargo esta pensión devota la pagaban con tanta liberalidad, que a todos alcanzaba, menos al mismo Hno. Pedro, que jamás comió de estas ollas, y solía decir con gracia, que el olor sólo le sustentaba, y que comía con mirar comer a sus pobres".

"Todos los días iba personalmente a visitar y dar limosna a una pobre tullida en la cama de un barrio bien retirado, y con otras de casi igual necesidad hacía lo mismo. Todas las mañanas llevaba sobre sus hombros un cántaro bien grande de atole, a repartirlo entre los dos hospitales de San Lázaro y San Alejo, separados el primero no menos que un cuarto de legua de la ciudad, y los dos entre sí tan distantes como apartados del de Belén, donde volvía con el atole que había sobrado, a dar con él el desayuno a los niños de la escuela. Y si el sumo calor del cántaro no le abrasaba el hombro, no llevando en él reparo que lo defendiese, sería porque el del pecho era mayor que el del cántaro".

Florencia 3a.
Su confianza en Dios.

En la construcción del Hospital de Belén, que comenzó sin blanca, ocurrieron casos de verdadera multiplicación de los materiales que recibía de limosna y aún de los dineros.

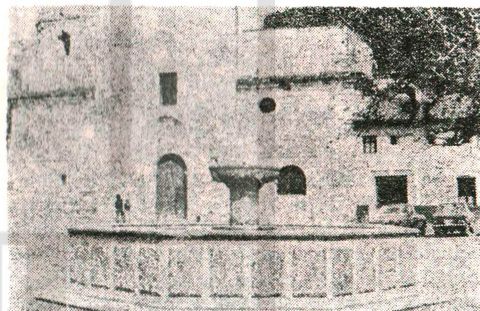
"Como se hallase el V. Hno. engolfado en su obra, como hombre de mucho caudal, pues consta de cuentas, que corren desde 14 de Julio de 1664, lo grueso de estos gastos, cuya suma es de 340 pesos gastados en materiales, de piedra, ladrillo, cal, maderas, carpinteros, albañiles, peones y otras cosas, y otras sumas de 200 pesos, y corría como con libranzas abiertas, el Hno. Nicolás de León, Tercero de hábito exterior, que era el gastador, así porque el Hno. lo que le pedía, juzgando que no le engañaban, como porque andaba el Siervo de Dios, en sus Pedro jamás concertó ni rebajó cosa alguna de cotidianas tareas y solicitud de limosnas".

"Un día, volviendo de fuera el Hno. Pedro casi al medio día, preguntó al Hno. León, cómo le iba. Respondió que muy bien, pero que ya no había ni un real que gastar, y que había enviado a pedir dineros prestados para pagar algunos materiales. Y concluyó diciendo: —Con que debemos, Hno. Pedro, tantos pesos".

"Oyólo el Siervo de Dios y con donaire le dijo: —¿Cómo debemos? Yo no debo nada. —Pues, ¿quién lo debe, hermano?— replicó el gastador".

"Y dijo Pedro: —Dios lo debe—. Y levantando los ojos al cielo, humilde y tierno dijo: —Señor Padre nuestro, padre de los pobres, pagadlo Vos que sois rico, teneis dinero, temporadas, cosechas, tinta, cacao, azúcar y cuanto quereis. Que yo ni tengo ni puedo".

"Redújose a risa en los dos. Y volvió el Hno. Pedro a salir y a poco rato volvió a entrar, acompañado de un mozo que traía una libranza. Díjole al Hno. León: —¿Cuánto es lo que debemos?— Respondió:—Tanto—. Y el V. Pedro: —Pues vaya y lo paga a letra vista: para que sepamos que es bueno reconvenir a quien sabe dar y pedir con confianza a nuestro padre Dios—. Entráronse los dos al oratorio a dar gracias a su Majestad Divina".



Hospital de Belén, La Antigua, Guatemala.

Florencia 4a.
Su humildad.

"Una mujer pobre, juzgando obligado al siervo de Dios a que le diese limosna, le dijo: —Hermano, todos dicen que es un santo, y yo le tengo por tal. Déme una limosna".

"El discretísimo hermano tenía a la sazón un real falso en la mano, y con prontitud y alegría dijo a la pobre: —¿Es buena esta moneda? Ella dijo que era falsa, y el V. H. Pedro le dijo: —Así soy yo santo, como este real, que parece plata y es cobre. Cobre, hermana, en buena moneda lo que le den—. Y le dió la limosna competente y se fue riendo de lo que le sucedía".

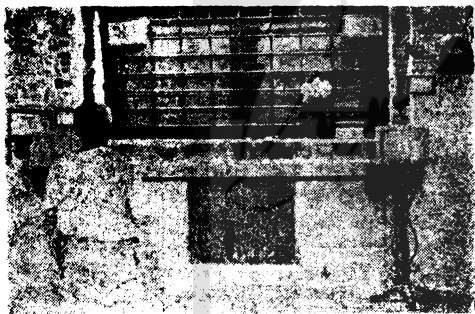
En otra ocasión yendo a visitar una familia, se encontró en la casa con un religioso, el cual terminado el recado que traía allá al Hno. Pedro, le mandó que tomase asiento, diciéndole:

—No estoy bien con hipócritas y embusteros, engañamundos—. Y repitió con imperio mandarle sentar, diciéndole: —Siéntese ahí el embustero y oiga sus virtudes—.

El V. Hno. Pedro calló y se arrimó, o medio sentó en el poyo de una ventana, ya que jamás se sentaba delante de algún sacerdote o religioso, y el prior riñéndole le dijo agriado y sañudo: —Venga acá el hipocritón, haragán. ¿No fuera mejor que fuera a trabajar y ganar de comer, pues tiene esos cuartos para ello, y no quitar la limosna a los pobres, hecho un holgazán? ¿No ha habido quién le diga lo mal que obra, y le desengañe de sus trapazas y poltronería?".

"El V. Hno. Pedro se puso en pie, bajos los ojos, escuchando con rostro humilde la represión, callando a todo. El prior, mostrándose todavía más airado, le volvió a mandar que se sentase y prosiguiendo la corrección de verbo áspero, le dijo: —Responda, responda el hipócrita embustero, si tiene qué".

"El Venerable Hermano, con humilde y alegre semblante, dijo que no tenía nada que responder, prorrumpió diciendo: —Dice muy bien mi Padre y señor, que soy un haragán engañamundo—. Y viendo que el religioso callaba, prosiguió pidiéndole por amor de Dios le perdonase, y pues le había conocido, le corrigiese y enseñase. —Oh, ¡qué bien dice! ¡Cómo me ha conocido el Padre!".



Tumba del Hno. Pedro que se conserva en la Iglesia de San Francisco,

Esta escena concluyó abrazando el Padre al Hno. Pedro, conmovido y edificado de su humildad, al ver cómo había sabido llevar aquella prueba totalmente fingida, y aficionóse mucho a él por el resto de su vida".

No mucho tiempo antes, ocurrió una escena parecida con otro humilde santo de nuestra América, San Martín de Porres, el cual al saber la penuria en que se encontraba el convento dominico de Lima al que él pertenecía, se presentó al superior diciéndole: "Padre Prior, no se aflija Vuestra Paternidad por la necesidad

del convento. Yo soy esclavo de la Religión y vendiéndome se socorrerá. Y no sólo será remediado el convento con el dinero que reciba por mi venta, sino que tal vez me proporcionará mayor bien si logro un amo que tratándome como merezco y no con la suavidad de Vuestra Paternidad, me enseñe a vivir bien". (5)

Floreclilla 5a. Su mansedumbre.

Jamás dió respuesta a los golpes, ni hicieron eco en otra parte sus agravios.

En una ocasión, una persona grave que no le conocía le tuvo por hipócrita y embustero y así se lo dijo ante otras personas. Y como el humilde Hermano recibió el vituperio con el agrado que otros las alabanzas y le agradeciese con semblante florido y risueño el conocimiento que de él tenía, tan blanda respuesta fue muy mal recibida por el que le reprendía y le dió en retorno una cruel bofetada. Pero el Hno. Pedro la recibió con más alegría que la primera represión y puesto de rodillas, le dijo que no le perdonase las muchas que merecía su ruin proceder.

De este caso nada contó el Hno., pero se dice que el agresor vió poco después baldado el brazo con el que le abofeteó; de ese achaque se le originaron otros y a poco murió.

Floreclilla 6a. Amor a los animales.

"Todas las especies de animales, por criaturas de Dios, tenían seguridad y acogida en el piadoso y compasivo natural del V. Hno. Pedro; llamábalos a todos hermanitos, y como a tales los trataba. Las veces que en las calles veía que los muchachos jugaban pesadamente con algunas aves, como son gansos, zopilotes, cernícalos, zanates, tecolotes, lechuzas y otros cualesquiera, que los maltratan hasta quitarles la vida, los rescataba a reales el V. Hermano, y ponía en libertad, compadecido de aquellos pobres brutos, y lo mismo hizo con los ratones, como se dice en la "Relación", y aunque fuesen indómitos y nocivos, no excusaba hacerles bien, como a criaturas de Dios".

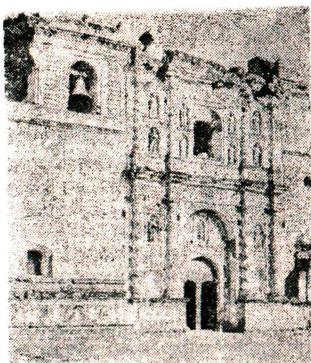
Respecto a estos últimos se cuenta cómo los protegía, pero los ordenaba al mismo tiempo que sólo comieran de lo que él les daba, despachándolos luego, sin que hicieran daño alguno a las demás provisiones.

Floreclilla 7a. Las Posadas.

Conocida es la devota costumbre de acompañar a "los Señores", la Virgen y San José,

(5) Véase en "ECA", Enero-Febrero 1963, pág. 46 y sigs., el artículo "San Martín de Porres, el Santo del Tercer Mundo", por J. M. Ganuza, S.J.

Iglesia de San
Francisco en
La Antigua,
Guatemala.



que recorren las calles de nuestros pueblos "buscando posada" la Víspera de Navidad. La procesión se detiene en los hogares del trayecto que quieran recibirlos y que los festejan, correspondiendo con oraciones y villancicos a los que cantan los acompañantes. Estas jornadas terminan de ordinario en algún templo.

Pues bien, tal costumbre parece deber su origen (al menos en cuanto a Guatemala se refiere) al Hno. Pedro:

"...dispuso que todos los años la noche Santa del Nacimiento del Hijo de Dios y de María, que llamamos "Noche Buena" —dice la Relación (pág. 200)— se juntase en (el Hospital de) Belén la gente que él convidaba y la que de su voluntad se moviese. Y de allí saliesen en orden por todas las calles de la ciudad, rezando a coro el rosario de la Santísima Virgen, cuya imagen acompañada de la de su esposo San José iba en la procesión en traje de peregrinos, que fue el en que vino a Belén preñada a parir a Dios-Hombre". Y en el mismo Capítulo 16, que trata de lo devoto que era de la Santísima Virgen el citado Hno. Betancur, se añade más adelante ("Párrafo Tercero", pág. 211) cómo el pueblo, junto con los Hermanos Terceros y los sacerdotes van "atrás con la Virgen y delante San José, de camino, buscando de puerta en puerta albergue".

"Vense en este rezado, por ser tan tierno, muchas lágrimas de personas devotas y contemplativas, al ver y oír a un ángel hermosamente vestido. A un niño que en dulces versos y canciones va representando el desamparo, los baldoños por las calles, que en esta noche padecieron la Santísima Virgen y su Esposo José. Hasta llegar al Portal de Belén".

"Hanse reparado con esta diligencia y procesión muchos desconciertos de la juventud, que en esta Noche-Buena pudiera haber".

"Pónense muchos altares en las ventanas con muchas luminarias, por todas las calles de esta ciudad de Guatemala, y así mismo van recibiendo a la Virgen y a San José con mucha música y festines en orden a este Misterio".

¿Qué parte tomaba el Hno. Pedro en esta fiesta?

Recibida la procesión en el Hospital de Belén y hecha allí la posada, se trasladaba con algunos de sus pastorcitos a la iglesia de San Francisco y subiendo al convento alternaba con los coros que por los dormitorios iban desperdando a la Comunidad de PP. Franciscanos, según piadosa costumbre de aquella casa, para celebrar el Misterio, cantando —dice el Relator— "con suavísima voz mil ternuras del Misterio".

"Tan fuera de sí estaba —se añade en la relación —(pág. 213) que los que lo veíamos, lo tuviéramos por falto de juicio, a no ser tan conocido por su virtud; dábase golpes bien recios contra las esquinas y tabiques, haciendo cabriolas, dando saltos y vueltas con extraña ligereza, frecuencia y repetición. Ni advertía con los encuentros y golpes que se daba, todo embriagado y absorto en la contemplación del Misterio. Entraba en el coro haciendo lo mismo, bailando, haciendo incesante son con sus sonajas alrededor del facistol, por las sillas altas y tribuna, y puesto en el plano del coro, saltaba, danzaba y cantaba como loco, aunque tan advertido, discreto y respetoso, que encontrándose con paredes, esquinas, sillas, no se dió caso diese algún encontrón a religioso, ni a persona alguna, ni a los coristas que ponían libros en el facistol o encendían las candelas de las alcachofas, o la copia de candelas de cera que se ponen en el altar de Ntra. Señora".

Pero este torbellino cesaba totalmente al punto de darse comienzo al rezo por los frailes.

"Al hacer señal el preste, se incaba de rodillas el V. Hno. ante la imagen de la Santísima silencio y con profunda contemplación y aun abstracción de sentidos, persistiendo así las dos horas, bien hechas, que duran los Maitines, con admiración de todos".

Su resistencia al cansancio era ilimitada. Porque después de todo esto, antes de retirarse a descansar, había de visitar a la Virgen en su santuario de Almolonga, en Ciudad Vieja, que dista bastantes leguas de La Antigua y donde estuvo la primitiva Ciudad de Santiago de los Caballeros hasta su traslado a La Antigua. Allí se conserva aún la misma imagen colonial, objeto de la devoción del Hno. Pedro, bien que recubierta la talla de ropajes, según el mal gusto posterior.

"Cogía camino danzando y saltando para Ciudad Vieja indispensablemente todos los años, a dar el parabién del recién nacido Príncipe a la Santísima Virgen Nuestra Señora, en su hermosísima y milagrosa imagen de la Purísima Concepción de Almolonga". "Testifican algunos de los Hermanos Terceros, que con él iban a esta estación, que por todo el camino iba vertiendo lágrimas de gozo y alegría, y que caminaba tan veloz haciendo cabriolas y cantando, que no hacían poco en seguirle, y a veces corriendo. Y llegando a los Laudes, o a la Misa de la Aurora, la oía y comulgaba en ella".

Conclusión.

Renunciamos a seguir espigando episodios parecidos de la vida de nuestro biografiado. Se contienen en tal abundancia que muy bien pudiéramos habernos extendido mucho más aún. Pero lo que aquí hemos reproducido puede dar cabal idea de la egregia personalidad de aquel joven isleño que llegó a nuestras playas, como tantos otros, movido del más puro deseo de servir a Dios y ayudar a sus hermanos, fueran éstos indios, fueran españoles, fueran criollos, y no de la "auri sacra fames" que historiadores que se dicen "imparciales y muy bien informados" dan por supuesta gratuitamente como el "único" motivo que impulsó hacia nuestro continente a cuantos llegaron por acá, fueran "conquistadores" a lo Hernán Cortés, Balboa o Al-

varado, fueran pobres mozos como Betancur o frailes descalzos.

Lo más curioso del caso es que en la actualidad, movidos por lo visto por ese raro empeño de enriquecerse, siguen llegando a nuestras tierras "frailes descalzos", y para ello se esfuerzan en estudiar e imitar las raras virtudes de un oscuro personaje que vivió y murió en la miseria, después de haber gastado su vida en bien de sus prójimos. (6)

(6) La Introducción de la Causa de Beatificación del Venerable Hermano Pedro Betancur se prosigue con empeño. Bajo las bóvedas de lo que hasta hace poco fueron ruinas dejadas por los temblores, y hoy es magnífico templo de los PP. Franciscanos recién reconstruido con ayuda de las autoridades públicas, descansan sus restos, constantemente visitados por devotos romeros. Dios quiera se logre un día su elevación a los altares, para ejemplo fulgurante de nuestros cristianos de hoy.



Calzonetas de Baño

ESTILO 1965

MODELOS EXCLUSIVO

YANTZEN

RECIBIO

PARIS VOLCAN